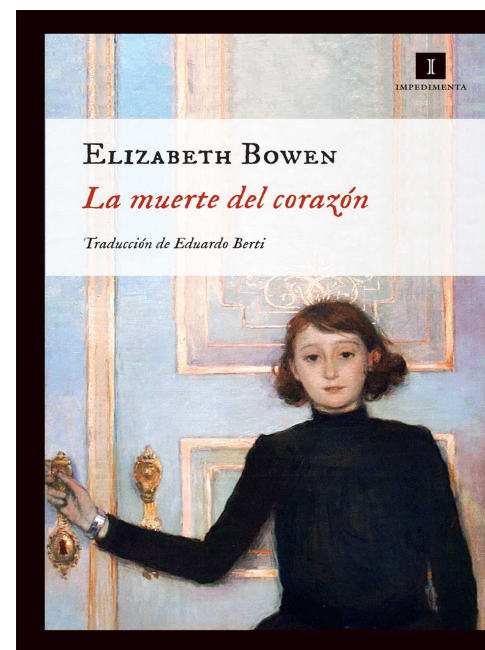


EL mismo paisaje que nos abrumba y ante el cual nos sentimos indefensos, es a la vez el que nos brinda la ocasión para identificarnos: sobre las peñas desnudas de los acantilados un hombre resulta insignificante y el mar al fondo, como animal muerto, en reposo, consiente su peso. Sin embargo ante el mar revuelto y rompiente la presencia de un hombre se torna desafiante. El mismo mar que nos aísla es a la vez el mar por el que partimos. Y es en ese encuentro constante del hombre con su paisaje donde Elizabeth Bowen muestra su maestría, porque tiene la virtud de circular desde cualquier personaje a su paisaje y de éste al corazón escondido del que la lee: el hombre y sus emociones al servicio de la naturaleza; nada nos puede emocionar si no somos capaces de sentirlo. Y en la novela de Bowen hay un hecho que arroja más que disgrega y éste es la pasión que impregna sus palabras, que en el caso de los personajes puede ser fácil, pero cuando esa pasión la transmite el desayuno de Daphne, la playa despejada por el viento o la bruma sedosa



ELIZABETH BOWEN, *La muerte del corazón*, traducción de Eduardo Berti, Impedimenta, Madrid, 2012. 402 pp. ISBN 978-84-15130-38-3. (*The Death of the Heart*, 1938).

de los parques londinenses, parece evidente que hombre y entorno son todo uno y no cabe pretender que aquel se defina frente a éste, sino sólo con él. Así es como el inabarcable paisaje que se divisa desde el cabo más apartado semeja el abismo que se abre en nuestra intimidad. Por ello hay páginas en este libro que no podemos abandonar sin dejarnos por el camino trozos de nuestro propio ser.

La muerte del corazón comienza en el invierno londinense, un invierno frío y oscuro, donde la niebla se adueña hasta de los sentimientos, pero transcurre hacia el verano costero y luminoso, intentando la autora que en todo momento las emociones sean tangibles a través de los sentidos: “En esta casa hay un olor que es fruto de los sentimientos”... “el metálico frío de enero comprimía el cielo y el paisaje”... “no parecía de noche, parecía que el aire estaba enfermo”... Los sentimientos huelen, las sensaciones tienen colores, lo irreal se hace real, se hace palpable lo impalpable. Nos bastan cuatro líneas, las primeras cuatro líneas de la novela, para reconocernos en

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 1
2013/1
ISSN 2255-2022

el paisaje y vernos reflejados en él: el paseo indolente de unos cisnes entre carámbanos de agua helada. El ir y venir de las estaciones es el ir y venir de las emociones: “sus sentidos están en sintonía con la tierra”... “sienten aunque sin conflictos ni dolores”, como la naturaleza misma, como la tierra que pisan. La llegada a Waikiki, la llegada al mar, supone el despertar (la deslumbrante luz, la bienvenida del viento, los lugares abiertos...) y saca a la luz aquello que la ciudad había dejado oculto o brumoso.

A partir de ahí se suceden los retratos de los personajes a través de los objetos que los rodean y de sus insignificantes hábitos: “El hábito no constituye una mera subyugación, sino que es un tierno lazo”. Llega un momento en que Portia y Eddie se acusan mutuamente de deslealtad y sin embargo de la escena sólo sobreviven unas margaritas marchitas que antes de acabar en la papelera dejan un rastro de podredumbre en toda la habitación y en nuestro corazón: un olor nauseabundo en nuestras ropas y la mancha indeleble sobre el mantel. En

“Hay páginas en este libro que no podemos abandonar sin dejarnos por el camino trozos de nuestro propio ser”

cada rincón de la novela Bowen se detiene en aquellos detalles que dotan a la escena de la calidad necesaria para saber en un gesto el estado de ánimo del personaje y los sentimientos que le embargan. Pero no se trata de una sucesión impresionista de escenas que dan coba al narcisismo de los círculos privados londinenses, sino que, acercándose a los modelos de la literatura victoriana del siglo XIX, disecciona una sociedad desde un pretexto baladí, pero que resulta ser clave en el desenlace: la intimidad violada de un diario inocente. La lectura del diario personal de Portia por parte de Anna inaugura la novela y se mantiene latente a lo largo de los capítulos, sin llegar a resolverse ni la culpa de Anna por violentar la intimidad de un diario, ni las consecuencias de aquello que se cuenta.

Es crucial para Elizabeth Bowen que los personajes transiten entre el paisaje exterior y su abismo interior porque es la única manera de mostrarnos su verdadera naturaleza: “La relación que uno entabla con los obje-



tos, el rito diario de verlos o de tocarlos, empieza a convertirse en amor y deja abierta una puerta al dolor”. De esta forma la arquitectura, o mejor la decoración (que es en muchas ocasiones la que está en nuestras manos cambiar), llena los espacios vacíos, al igual que nuestras ofrendas llenan nuestra alma errante. Habitar una casa es sentirla, amar sus objetos y estimar el lugar que ocupan porque sin ese objeto en su rincón no sentimos igual la casa. Desde esta premisa Thomas, Anna o Saint-Quentin viven sin tocarse con la intención de salir indemnes de la propia vida: “todas las miradas de Thomas, excepto cuando mira a Anna, van dirigidas a personas que no están mirándolo”. Sin embargo Portia, Daphne o Matchett ponen en juego su vida en cada relación y la moldean frente al otro, bien porque lo admiran, bien porque lo odian.

Desde esos encuentros y desencuentros vamos forjando nuestra alma y en la ausencia nos crecemos. Sólo en la distancia somos capaces de visionar mejor los aconte-

“Enfrenta a cada uno de sus personajes con sus miserias y sus virtudes, y en cada página nos subyuga de tal manera que no podemos avanzar en el relato sin volver sobre las letras ya leídas para cerciorarnos de aquello que nos está pasando”

cimientos y tomar las mejores decisiones: “es necesario dejar pasar cierto tiempo antes de mirar algo de nuevo. Así es como los recuerdos se reconcilian con todo”. Por ello resulta tan importante el recuerdo, porque sin él no tenemos patria. Sin embargo ese recuerdo, que es el único patrimonio cuando nos adentramos en nuestra intimidad, resulta siempre benévolo porque no somos capaces de soportar aquellos recuerdos que nos hacen sufrir. Recordar lo hacemos sin dolor, sentir podemos sentir con dolor y no podremos evitarlo: “recordamos en la medida que nos es soportable” y ese recuerdo se convierte en nuestra única herramienta para seguir adelante, “como el preciado bien de un hombre con pocos bienes, que viaja por todas partes atesorando ese recuerdo”. Elizabeth Bowen convierte el pasado de cada uno de los personajes en su equipaje, con el cual comprenden y desde el cual emprenden: “muéstrame una cosa en el mundo que esté terminada”. Todo está por hacer.

La estabilidad de una vida simple, como la de Anna o Thomas, se tambalea con la sinceridad del trato de Portia, un trato inmediato y provisional como el del vagabundo, de aquel que ha de construir su hogar día tras día y que para ello se sirve de la relectura de sus emociones como único asidero de sus sentimientos, interpretando de nuevo lo que sus sentidos le brindan, sabedor que no puede ir más allá de ellos: “el corazón puede creer que sabe más: los sentidos saben que la ausencia anula a las personas”. Sin embargo la ausencia no es eterna, jamás es definitiva porque hay muchas formas de estar presente y “sólo los desastres externos son irreparables”. Elizabeth Bowen enfrenta a cada uno de sus personajes con sus miserias y sus virtudes, brindándonos línea a línea su reencuentro, y en cada página nos subyuga de tal manera que no podemos avanzar en el relato sin volver sobre las letras ya leídas para cerciorarnos de aquello que nos está pasando.

Jose V. Garibó